



**¿Por qué buscáis
entre los muertos
al que vive?**

La pasión de Cristo

La pasión de Cristo

**Reflexiones sobre el padecimiento
físico de Jesús**



La pasión de Cristo

Reflexiones sobre el padecimiento físico de Jesús

José Antonio Olmo

© José Antonio Olmo (texto)

Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción parcial siempre que se cite la procedencia. No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, con intenciones comerciales.

Maquetación y diseño: Ferran Cots

La pasión de Cristo

Primera edición: abril 2005

Segunda edición: marzo 2011

Tercera edición: abril 2020

Imprime:



Porque todo esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura que dice: No le quebrarán ningún hueso. Y también la otra Escritura que dice: Mirarán al que traspasaron.

La Biblia. Evangelio de Juan, cap. 19 vers. 36, 37



Olivos milenarios en Getsemaní

La pasión de Cristo se encuentra relatada en los siguientes textos bíblicos (recomendamos leer los evangelios completos):

- **Evangelio de Mateo**
 - desde el capítulo 26:36 hasta el capítulo 28:66.
- **Evangelio de Marcos**
 - desde el capítulo 14:32 hasta el capítulo 15:47.
- **Evangelio de Lucas**
 - desde el capítulo 22:39 hasta el capítulo 23:56.
- **Evangelio de Juan**
 - desde el capítulo 18:1 hasta el capítulo 19:42.

Reflexiones sobre el padecimiento físico de Jesús

Quien haya tenido la oportunidad de ver la película *La pasión de Cristo*, de Mel Gibson, no puede menos que sentir una fuerte sensación de rabia e impotencia por la brutalidad de las imágenes acerca del castigo físico al que fue sometido, por parte de los soldados romanos, un hombre *justo* llamado Jesús. Tanto al que no cree en Dios pero odia las injusticias, como al que cree pero no lo había imaginado tan *brutal* es imposible salir de la sala de proyección sin hacerse muchas preguntas.

Confieso que había leído muchas veces los relatos bíblicos acerca del arresto, pasión y muerte de Jesús pero tengo que reconocer que lo que me quedaba después de leerlos era un sentimiento de cierta pena y poco más.

Según los relatos bíblicos la madrugada del jueves al viernes después de haber realizado lo que nosotros llamamos *la santa cena*, aproximadamente doce horas antes de la muerte de Jesús, cuando éste estaba en Getsemaní (que significa *prensa de aceite*), un huerto situado al pie del monte del mismo nombre y enfrente de Jerusalén, sabiendo lo que iba a sucederle y lo que iba a sufrir como hombre, empezó a sudar gotas de sangre. Este fenómeno, aunque es muy extraño, hay casos que en medicina son bien reconocidos. Se le llama hematomidrosis o hemohidrosis. Viene provocado por situaciones de un alto grado de estrés y angustia junto con debilitamiento físico. Esta angustia provoca una presión muy alta y la congestión de los vasos sanguíneos de la cara, los cuales al romperse dan la sensación de pequeñas hemorragias (sudar sangre). Todo este estado general provoca la hinchazón corporal del paciente. La piel se hace más sensible y vulnerable a cualquier castigo. Jesús sabía que no tenía escapatoria, estaba escrito que tenía que morir, sabía que tenía que padecer el mayor terror que nadie ha sufrido. Como Dios podía haber escapado pero eligió morir en la cruz por mí y por ti. Estaba solo.

Después de ser arrestado, entre la una de la mañana y el amanecer, Jesús fue llevado ante Anás y el Sanedrín, que era el consejo supremo de los judíos en el que se trataban y decían los asuntos

de estado y religiosos. Allí se decidió que era hallado culpable de blasfemia. Fue allí dónde Jesús recibió el primer castigo. Un soldado golpeó a Jesús en la cara cuando éste se quedó callado mientras Caifás, el sumo sacerdote, le interrogaba. Poco después los propios guardianes del Templo se cebaron en Él tapándole los ojos, escupiéndole y golpeándole con los puños varias veces y diciéndole que adivinara quien le había pegado. Para entonces el cuerpo de Jesús a causa de la hinchazón por la angustia y los hematomas debía estar irreconocible. Poco después del amanecer, Jesús fue nuevamente llevado ante el Sanedrín, seguramente en el Templo, y fue hallado nuevamente culpable de blasfemia, un crimen castigado con la pena de muerte.

Por la mañana, después de estar sin dormir toda la noche y habiendo soportado todo este castigo, fue llevado de Jerusalén hasta el pretorio de la fortaleza Antonia que era la residencia del gobernador romano de Judea, Poncio Pilato. Al considerar la legalidad judía que era un preso condenado a muerte pero estando bajo el dominio de Roma, debían solicitar permiso a la máxima autoridad del Imperio de aquel territorio. Por este motivo fue llevado ante el gobernador. Curiosamente cuando fue presentado ante él, Jesús fue acusado de *supuesto rey que rechazaba la autoridad romana*, no como blasfemo. Después de ser interrogado en un primer momento por Pilato y no hallando nada de qué acusarle lo remitió al tetrarca (gobernador de una cuarta parte de una provincia o región) de Judea, Herodes Antipas. Este tampoco halló nada en Jesús por lo que mereciera ser castigado y fue devuelto a Pilato sin presentar ninguna acusación oficial. Nuevamente ante Pilato éste siguió sin encontrar nada legal con lo que acusar a Jesús pero ante la presión popular con sus gritos de: *"¡Crucifícale, crucifícale!"* fue entregado para ser azotado y muerto.



Flagelación

Hay muchas opiniones acerca de si la flagelación era un castigo previo a una ejecución romana o era una pena en sí. De este castigo sólo estaban exentos los senadores, las mujeres y los soldados romanos (salvo los casos de deserción). Muchos expertos creen que Poncio Pilato en principio solo condenó a Jesús a ser flagelado o azotado pero que ante la gran presión popular al final aceptó que también fuera crucificado. De todas formas hay que decir que la flagelación era un castigo tan duro que muchos presos ya morían o quedaban con graves secuelas cuando la sufrían. El instrumento que solía utilizarse era un látigo corto denominado *flagellum* con varias tiras de cuero sencillas o entrelazadas, de diferente longitud, en las cuales se ataban pequeñas bolas de hierro o plomo (normalmente dos bolas) o trocitos de huesos de ovejas de varias medidas. A veces también se empleaban barrotes. Para este castigo el preso era despojado de sus ropas y atado a un poste. Los hombros, espalda y piernas eran azotados bien por un soldado o dos que se iban alternando en la posición. El objetivo de la flagelación era el de debilitar a la víctima hasta provocarle un estado próximo al colapso o la muerte. Después de este castigo los soldados, tanto los castigadores como los observadores, solían burlarse del preso. Este castigo provocaba en el preso profundas contusiones y a su vez las tiras de cuero y de hueso desgarraban la piel y el tejido que hay por debajo de ésta. Al continuar los azotes éstos provocaban hasta el desgarro de los músculos produciendo tiras sangrientas de carne cortada o arrancada y en algunos casos la aparición de las costillas. Para que nos hagamos una ligera idea los latigazos provocaban heridas equivalentes a quemaduras de tercer o cuarto grado. Este continuo dolor y pérdida de sangre provocaban que el preso estuviera al borde del colapso circulatorio. De aquí el motivo por el que Jesús aguantó tan poco tiempo vivo en el Cruz. No se nos indica el grado de castigo que Jesús recibió pero por lo que nos dice el apóstol Pedro en una de sus epístolas debió ser muy fuerte (1 Pedro 2:23-24). De acuerdo a la ley judía el número de azotes máximo que se inflingía a la víctima era de 40. Los fariseos, tan estrictos ellos en asuntos de la ley, insistieron en que solamente se le dieran 39, no sea que alguno se perdiera en el conteo. Jesús

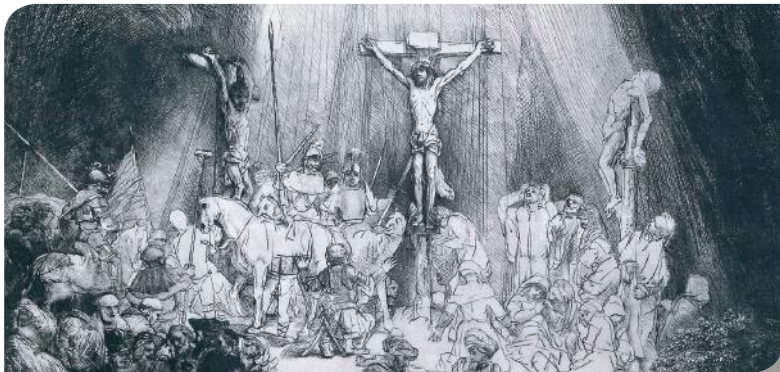
seguro que perdió el conocimiento varias veces durante semejante castigo; tal debía ser el estado de debilidad en el que se encontraba que una vez que fue desatado cayó desplomado sobre el duro y frío pavimento de piedra del pretorio. Después de esto Jesús de Nazaret fue llevado dentro del pretorio para desempeñar el papel de *juquete de las tropas* costumbre que solía permitirse una vez al año. Este hombre que reclamaba ser rey, fue objeto de burlas y escarnio por parte de la soldadesca y como tal rey fue objeto de reverencia colocándole una túnica sobre su espalda, una corona (o un casco) de espinas sobre su cabeza y un palo de madera como cetro en su mano derecha. La planta originaria de Madagascar con la que se supone que fue hecha la corona o capacete de Jesús se la conoce por el nombre *corona de espinas de Cristo*. Era una planta, ya conocida en aquellos tiempos, de ramas flexibles cubiertas con espinas largas (normalmente usadas como leña). Esta corona o casco fue incrustada en su cabeza. Es de suponer que a consecuencia de la tensión ya acumulada (recordemos el sudor como gotas de sangre) y de éste último castigo, el derramamiento de sangre fuera mucho más abundante de lo que había sido hasta ahora. Seguidamente cogieron el palo y le pegaron detrás en la cabeza, incrustándole más profundamente las espinas en el cuero cabelludo. Finalmente se cansaron de su juego sádico y le arrancaron la capa de la espalda, que ya se había adherido a los coágulos de sangre y al suero de la espalda. El quitarle la capa seguro que significó, otra vez, un inmenso dolor, casi como si se le hubiera vuelto a flagelar nuevamente, al mismo tiempo que provocó, seguramente, la reapertura de las heridas con la consiguiente pérdida de sangre. Supongamos que Jesús era de corpulencia y peso medios (sobre 70 kg y 1,75 m de estatura). Es decir, que tuviera un flujo sanguíneo aproximadamente de 4,5 a 5,5 litros. Hasta ahora habría perdido entre el 10 y el 12% (de 500 a 700 cl del total de su sangre). A esto añadimos el estrés, con sus efectos fisiológicos, la falta de comida y agua y la falta de sueño y podríamos decir que se encuentra en el principio del shock hipovolémico (provocado por la disminución del volumen total de sangre).

Crucifixión

La crucifixión, muy probablemente, fue un invento de los persas. Alejandro el Grande introdujo la práctica en Egipto y Cartago, y parece ser que los romanos la aprendieron de éstos últimos, los cartagineses. Varios autores de la literatura clásica hacen mención de la crucifixión. Lo que queda muy claro es que, como casi todo lo que hacían los romanos, a pesar de no haberla ideado ellos mismos, la perfeccionaron como una forma de castigo y tortura diseñada para producir una muerte lenta con el máximo dolor y sufrimiento.

Fue uno de los métodos de ejecución más crueles y salvajes reservados exclusivamente para esclavos, extranjeros, revolucionarios y los peores criminales. La ley romana, al igual que en la flagelación, protegía de este tipo de castigos a la gran mayoría de ciudadanos romanos, a excepción, tal vez, de los soldados desertores. En su forma inicial de tortura y castigo, en Persia, el condenado era atado a un árbol o a un poste en alto para evitar que sus pies tocaran lo que ellos denominaban tierra santa. Luego se comenzó a utilizar una verdadera cruz. Ésta estaba formada por una parte vertical llamada *stipes crucis* o *palus* que tenía un brazo móvil horizontal (que podía ser desmontado), atravesado a unos 30 o 60 cm de la parte alta, llamado *patibulum* o *entena*. Ésta es la forma en que se representa la cruz normalmente y que denominamos *cruz latina*. No obstante, la forma más común y la más usada en épocas de Jesús es la llamada cruz baja o *cruz tau*. Ésta tenía la forma de la letra griega *tau* que es un equivalente a la T mayúscula nuestra. En este tipo de cruz

Las tres cruces (detalle) (1653, grabado de Rembrandt)



el *patibulum* se colocaba, haciéndolo encajar, en una ranura arriba del *stipes*. A pesar de que hay numerosas evidencias arqueológicas e históricas que indican que la cruz baja tipo *tau* era la preferida por los romanos en Palestina en los tiempos de Jesús, las prácticas de crucifixión cambiaban, normalmente, de una región a otra y también variaban de acuerdo con la imaginación de los verdugos. Existe la evidencia del relato bíblico (Juan 19:29) cuando Jesús clama "*tengo sed*" que los soldados romanos mojaron vinagre en una esponja y la engancharon a un hisopo que es un tipo de caña de unos 50 a 60 cm por lo que se supone que el tipo de cruz donde fue crucificado no era muy alta.

Sobre las nueve de la mañana, los soldados romanos encaminaron a Jesús hacia el lugar de la ejecución. Previamente le pusieron nuevamente las ropas. Cogieron el *patibulum* y se lo colocaron sobre los hombros destrozados por tantos latigazos y, seguramente, se lo ataron a los brazos. Para entonces Jesús, seguro, que tenía unos dolores increíbles; estaba deshidratado, físicamente exhausto por no dormir toda la noche y por los continuos tormentos mentales y espirituales sufridos. Con este panorama se dispone a comenzar, seguramente flanqueado por los ladrones, su camino hacia la muerte. Se acostumbraba a que el condenado cargara su propia cruz desde el lugar donde había sido flagelado hasta el lugar de la crucifixión, fuera de los muros de la ciudad. La cruz pesaba, normalmente, más de 136 kg por lo que sólo se llevaba el travesaño o *patibulum* que pesaba entre 34 y 57 kilos. Éste era colocado sobre la nuca de la víctima y balanceado sobre sus hombros. A pesar de este detalle, sin alguna prueba histórica o bíblica, los autores de cuadros del Medievo o del Renacimiento, nos han enseñado a Jesús portando la cruz completa al hombro. También los directores de cine que han realizado alguna película sobre este tema, nos han mostrado la misma imagen. Sea como fuere, Jesús fue obligado a caminar con semejante carga otros 700 metros más, aproximadamente, hasta el monte Gólgota, lugar de la ejecución. En este trayecto, seguro que, a pesar de sus intentos por caminar recto, la carga que llevaba combinada con el shock producido por la continua pérdida de sangre provoca su tambaleo y su caída. Seguro que el roce de la madera áspera y dura, en sus hombros, debía ser horrible. Trata, nuevamente, de ponerse en pie pero sus fuerzas y músculos humanos han sido

La ciudadela de Jerusalén



utilizados más allá del límite. El centurión, jefe de la guarnición romana que, seguramente, estaba abriendo camino entre la multitud para el paso de los condenados, ansioso de continuar con la crucifixión selecciona un hombre fuerte que estaba como espectador llamado Simón, natural de Cirene, para cargar con el travesaño. El espectáculo seguro que debía ser terrible, con Jesús, los otros dos condenados y la guardia romana intentando abrirse paso en medio de la multitud. Todo esto precedido por el portador o pregonero del *titulus* o letrero donde se leía el nombre y el crimen del condenado. A veces el *titulus* también era colgado del cuello del condenado. Seguro que Jesús era un hombre fuerte, acostumbrado al trabajo duro puesto que había trabajado de carpintero. Había caminado por toda Galilea. Estaba en perfectas condiciones físicas. Sin embargo, en las últimas horas, había sufrido un castigo que muy pocos otros hombres hubieran soportado. La última etapa del camino de la fortaleza Antonia hasta el Gólgota es cuesta arriba, lo que aumenta el sufrimiento. Pero, por fin, llega a su destino. Jesús es despojado de sus ropas, a excepción de un calzón corto que les era permitido a los judíos. Este hecho seguro que provocó la reapertura de las graves heridas de la espalda, provocadas por la flagelación, con el consiguiente grito de dolor. Comienza la crucifixión. Por ley, ofrecen a Jesús un suave analgésico compuesto de vino amargo y mirra. Éste lo rehúsa. Exigen a Simón que tire la pesada carga en tierra e inmediatamente después, tiran a Jesús sobre ella poniendo

sus hombros contra la madera. Sus brazos son extendidos sobre el *patibulum*. Las manos podían ser amarradas o clavadas sobre la madera pero los romanos preferían esto último, el clavado. Cuando se describía la crucifixión por medio de clavos se empleaba la palabra *posheloum* o *katheloum* que significa clavar, de *helos*, que significa clavo. Un soldado romano busca con el tacto el hundimiento al frente de la muñeca de su brazo. Por diferentes descubrimientos arqueológicos de otros cuerpos crucificados en tiempos de Jesús, se sabe que los clavos de pincho utilizados normalmente para efectuar un clavado eran de hierro dulce, medían entre 13 y 18 cm y eran de sección cuadrada de 1 cm. Eran utilizados dos para las manos y uno para los pies. También, se supone, que eran introducidos entre los huesos carpianos de la muñeca y el radio, o entre las propias hileras de carpianos, atravesando los ligamentos o pasando cerca de ellos. Algunos estudios sostienen que los clavos pudieron dañar el nervio mediano de las muñecas. Si esto fuera cierto, Jesús sufrió un dolor atroz en cada brazo. Aunque la laceración del nervio diera como resultado la parálisis parcial de la mano, el empalamiento de varios ligamentos por los clavos, podría provocar fuertes contracciones en ella. Siempre se había creído que Jesús fue clavado en la cruz por las palmas de las manos, sin embargo ahora se sabe que se habrían desgarrado con el peso del propio cuerpo. Este supuesto no va en contra de lo relatado por los Evangelios. Cuando, por ejemplo, Jesús resucita y le dice a Tomás "*Mira mis manos*" (Juan 20:27), el concepto de *mano* abarcaba la parte desde los dedos hasta la muñeca. Se han realizado varias experiencias clavando brazos de cadáveres fallecidos veinticuatro horas antes con clavos de 8 cm entre el espacio que hay libre entre el segundo y el tercer meta-carpiano sometiénolos a un peso de 40 kg en los cuales el clavo desgarró la piel y la carne a los diez minutos. También tenemos que tener

Clavo romano



en cuenta lo dicho en el libro de los Salmos: “Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado.” (Salmo 34:20) y caso de haberse introducido el clavo como anteriormente hemos relatado esto hubiera sido casi imposible.

El traumatismo del clavo es doble. Por un lado provoca lesiones directas debido al propio clavo, pero también provoca otro tipo de lesiones indirectas motivadas por los mismos clavos y el peso del propio cuerpo suspendido. Un clavo provoca, al penetrar en la piel, un tipo de lesiones concretas de tipo contusivo (por golpe), no de corte limpio, introduciéndose, por la irregularidad de los bordes, como una sierra que desgarrar al pasar arterias, tendones, nervios y músculos, provocando fuertes dolores y abundante hemorragia. Estas heridas, según la mayoría de médicos, provocan mayor intensidad de dolor en el orificio de entrada que en el de salida. Cuando se introdujo el segundo clavo, éste se sumó al dolor del primero. Luego, este segundo clavo fue mucho más doloroso; además al estar ya fija una mano, la tracción ejercida por la otra, al clavarse, produciría nuevos y sumados estados dolorosos. La fuerza para atravesar la mano, que seguro que fue muy grande, repercutió en todo el cuerpo. El dolor de las heridas provocadas por el clavo abarcaría todos los tipos de dolores conocidos: fulgurantes (rápidos, eléctricos), contusivos (por golpes), graves, tensivos (presión arterial), constrictivos (opresores), pulsátiles (relativo a los latidos del corazón).

Según la altura del *stipes*, si éste era bajo se llamaba *cruz humilis* y si era elevado *cruz sublimis*. Ésta última estaba reservada para altos personajes o para reos acusados de algún tema singular. Con la altura de la cruz, se quería evidenciar a la persona condenada y que sirviera de ejemplo y de escarmiento para los demás. Para algunos, los dos ladrones fueron clavados en una *cruz humilis* y Jesús, dado que se había autoproclamado Rey, en una *cruz sublimis*. Una vez Jesús tuvo clavadas las manos al *patibulum*, éste y la víctima eran izados juntos al *stipes*. Esta maniobra de hacer encajar toda la cruz, con el consiguiente temblor y trepidación, seguro que provocó nuevos y horribles dolores. En una cruz baja esta maniobra podía ser realizada por cuatro soldados, pero en cambio, para una cruz alta ésta requería la utilización de ganchos de madera o escaleras.

También existe la creencia de que los pies de Jesús fueron apo-

yados sobre un taco de madera llamado *suppedaneum*, que se usaba para que los pies fuesen clavados en él, pero esto admite ciertas dudas ya que se sabe que no aparece hasta el siglo IV. Sea como fuere, a pesar de que los pies podían ser fijados a los lados del *stipes* o a este taco de madera, usualmente eran clavados en el lado frontal. Para conseguir esto, habría sido necesario que las rodillas fueran flexionadas y las piernas dobladas para ser rotadas lateralmente. Los pies no podían quedar más arriba de unos dos metros, casi a la altura de un hombre de pie. Más fácil resulta imaginar por dónde fue introducido el clavo en los pies de Jesús. Se colocaron uno sobre el otro. Se penetró a través del espacio existente entre el primer y segundo o segundo y tercer metatarsiano. Para poder llevar a cabo esto, como ya se ha dicho antes, hay que tener flexionadas las rodillas unos 120° y el tobillo y las caderas unos 150° aproximadamente. En cualquier otro lugar hubiera sido complicado no provocar alguna rotura de tipo óseo. Algunas cruces, en el *stipes*, tenían un trozo de madera llamado *sedile* en latín, que servía para apoyar y hacer descansar el periné que es el espacio que hay entre el ano y los genitales del hombre. El *sedile* servía para prolongar la agonía del reo porque servía de pequeño apoyo y disminuía la presión ejercida sobre los brazos. Pero, recordemos que estamos en vísperas del sábado y había mucha prisa en que Jesús no tardara mucho en morir. El *sedile*, además, no aparece descrito en los libros antiguos y sólo lo cita Tertuliano.

Jesús fue crucificado en el monte calvario, en latín *calvaria*, en arameo *gólgota* y en hebreo *gulgoleth* que significa *monte de la calavera* (pelado como un cráneo). Este era un sitio público, visible y muy frecuentado. Cuando fue completada la crucifixión, el *titulus* fue fijado a la Cruz por medio de clavos o cuerdas sobre la cabeza del condenado.

Con ambas muñecas clavadas en la Cruz y todo el cuerpo suspendido, los pulmones quedan superinflados y la única forma de inhalar y exhalar aire es elevando el cuerpo. Esto provoca que en cada subida y bajada las profundas heridas de la espalda de Jesús rocen contra la áspera madera de la cruz, con lo que se provocaba, con casi total seguridad, nuevas hemorragias y pérdidas de sangre. Se le hacía necesario derrochar una gran cantidad de energía para levantar todo el peso de su cuerpo, tomar aire, y volver a descender



suavemente, para evitar en lo posible, el dolor desgarrante de los clavos de las muñecas. El dolor agotador se esparce desde los dedos hacia los brazos hasta explotar en el cerebro. Mientras tanto Jesús, nuevamente, se impulsa hacia arriba apoyando por completo su peso sobre sus pies clavados para evitar este tormento inmenso. Nuevamente otra agonía de desquebrajamiento de los nervios entre los huesos de los pies. En este punto aparece un nuevo fenómeno: mientras los brazos se fatigan, grandes olas de calambres chocan sobre sus músculos contrayéndolos en un dolor palpitante y persistente. Con estos calambres viene la incapacidad de empujarse hacia arriba. Colgando sobre sus brazos, los músculos del pecho están paralizados y los músculos intercostales (entre las costillas) están incapacitados para reaccionar. Puede inhalar aire (coger aire) pero no puede exhalarlo (expulsarlo). Jesús lucha por intentar levantarse y conseguir, por lo menos, una respiración leve. Finalmente se acumula dióxido de carbono en los pulmones y en las vías sanguíneas. Los calambres disminuyen en parte. Por espasmos, Jesús se empuja hacia arriba para inhalar y exhalar el vital oxígeno.

A pesar de que la flagelación producía abundante pérdida de sangre, la crucifixión por sí misma era un procedimiento poco sangriento, ya que ninguna de las arterias principales, excepto tal vez la del arco de la planta del pie, pasaban a través de los sitios anatómicos favoritos de ella. El efecto principal que se quería conseguir en la crucifixión, aparte del tremendo dolor, era interferir en la respira-

ción normal, particularmente en la exhalación. El peso del cuerpo, cayendo hacia abajo por los brazos y hombros extendidos, tendía a fijar los músculos de las costillas en un estado de inhalación (tragar) y, por consiguiente, afectando la exhalación (expulsar). Toda la fuerza para respirar se hacía con el diafragma con lo que se conseguía que esta forma de respiración no fuera suficiente. Jesús, casi totalmente exhausto, estaba al borde de la asfixia. Son horas de dolor sin límites, ciclos continuos de calambres que le retuercen las coyunturas, síntomas de asfixia parcial intermitente, el tejido fino de su espalda se desgarró contra la áspera cruz... Entonces comienza otra agonía: un dolor profundo e intenso en el pecho, cuando el pericardio, que es la envoltura del corazón, se llena lentamente de líquido y se comprime. *"Soy como agua que se derrama, mis huesos están dislocados. Mi corazón es como cera que se derrite dentro de mí."* (Salmo 22:14). En este momento casi todo está terminado. El corazón sigue luchando, aunque cada vez con menor intensidad, para poder suministrar sangre pesada y espesa dentro del tejido fino. Los pulmones torturados están haciendo un titánico esfuerzo para conseguir, aunque sea, pequeñas dosis de aire. Mientras tanto el tejido fino de los pulmones sigue mandando continuos estímulos dolorosos al cerebro. A todo esto el ambiente entre la soldadesca romana y los espectadores allí presentes era casi de fiesta; se siguen burlando de Él, le escupen y sus ropas son divididas entre los soldados. Era común que algunos insectos se metieran dentro de las heridas abiertas o en los ojos, oídos o nariz de la víctima moribunda,



y que las aves de rapiña comenzaran a desgarrar, a veces aún con vida, las carnes de los presos. El lapso de supervivencia de un reo en la cruz variaba desde tres a cuatro horas hasta tres o cuatro días y era inversamente proporcional, normalmente, a la severidad de la flagelación. Sin embargo, aunque ésta hubiera sido leve, se podía apresurar la muerte del reo al partirle las piernas debajo de las rodillas (*crurigrafium* o *skelokopia*). Jesús, con el último aliento de vida, de nuevo presiona sus pies desgarrados contra el clavo, endereza sus piernas y dice la última de las siete frases por Él pronunciadas en la Cruz: "Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu." (Lucas 23:46). JESÚS MUERE. Lo que sigue todos lo sabemos. Según la ley romana, la familia del condenado, antes de que fueran devorados por animales salvajes, podía tomar el cuerpo para ser enterrado, después de obtener el permiso del juez romano. Como no se suponía que nadie podía sobrevivir a una crucifixión, el cuerpo no era entregado a la familia hasta que los soldados romanos se aseguraban de que la víctima estuviera muerta. Para esto se acostumbraba a clavar una lanza o una espada en el cuerpo del crucificado.

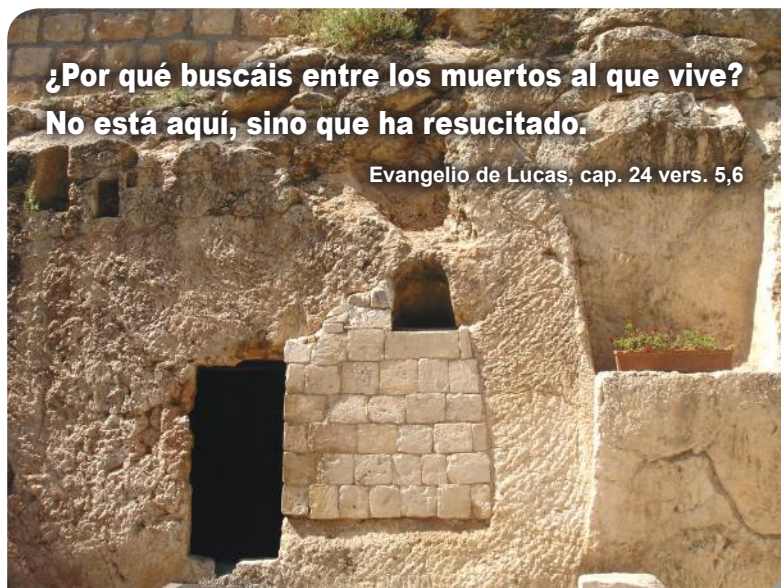
El día se tiñe de noche. Era pasada la hora novena (las tres de la tarde) del viernes; el sábado, día de reposo judío, estaba a punto de llegar; había que acelerar todo el proceso. Se quiebran las piernas de los otros dos condenados pero al llegar a Jesús, el soldado encargado de esto ve que Jesús ya está muerto y que no es necesario; pero, para estar seguro de su muerte, el legionario romano clavó su lanza en el quinto espacio entre las costillas, llegando hasta el pericardio que, como ya se vio, es la envoltura externa del corazón. Este tipo de herida era lo que podíamos llamar una herida de guerra, enseñada, comúnmente, como herida fatal a todos los soldados romanos. La lanza solía medir alrededor de 1,5 y 1,8 metros por lo que podía, fácilmente, alcanzar el pecho de un crucificado. En los Evangelios no se especifica en qué lado tuvo lugar esta lanzada, si fue en el derecho o en el izquierdo. Aunque la versión etíope, en los evangelios apócrifos, se dice que la lanzada fue en el lado derecho. Esta teoría se apoya, también, en el hecho de que el flujo de una gran cantidad de sangre sería más probable que proviniera de la aurícula derecha, junto con la sangre de la vena cava superior e inferior que del ventrículo izquierdo con su gruesa pared y estando contraído.

“Y al instante salió sangre y agua” (Juan 19:34). En el griego clásico estas palabras denotan prominencia y no, necesariamente, orden secuencial. Lo que Juan nos quiere decir es que brotó sangre y agua pero, probablemente, no en ese orden. El agua, casi seguro, que era suero proveniente del estallido de la pleura y el pericardio, hubiera precedido al flujo de sangre y hubiera sido menor en volumen que el de la sangre. Quizás en el estado de insuficiencia cardíaca inminente, se habían empezado a desarrollar derrames de pleura y del pericardio que hubieran ocasionado el volumen de agua aparente. La sangre, por el contrario, pudiera haber provenido de la aurícula o el ventrículo derecho.

La muerte de Jesús, tras solamente entre tres y seis horas, sorprendió al propio Poncio Pilato. El hecho de que Jesús clamara a gran voz y después inclinara su cabeza y muriera sugiere la posibilidad de un suceso catastrófico terminal. Una explicación popular es que Jesús murió de ruptura cardíaca. Tras el martirio de la flagelación y la crucifixión, asociado a la continua pérdida de sangre y a una coagulación alterada, se pudieran haber formado unas vegetaciones trombóticas fácilmente desmenuzables que se podrían haber desprendido, impactándose en la circulación coronaria causando un infarto agudo de miocardio. La rotura del ventrículo izquierdo puede ocurrir en las primeras horas siguientes a un infarto masivo. Sin embargo, hay una explicación más probable. La muerte de Jesús pudo haberse precipitado, sencillamente, por su estado de agotamiento y por la severidad de la flagelación, con su consecuente pérdida de sangre y su estado de pre-shock. El hecho de que no pudiera cargar el *patibulum* apoya esta interpretación. La causa real de la muerte de Jesús, así como la de las demás víctimas de la crucifixión, pudo haber estado causada por múltiples factores: shock hipovolémico (disminución del volumen de sangre), asfisia por agotamiento y agudo paro cardíaco. Una arritmia cardíaca fatal pudo haber sido la causa de tan horrenda muerte. Por todo lo dicho no se puede dejar por sentado si Jesús murió de ruptura cardíaca o fallo cardiorrespiratorio. Lo que está muy claro es que las interpretaciones basadas en la suposición de que Jesús no murió en la cruz parecen estar enfrentadas con los conocimientos médicos modernos. Jesús murió en la cruz y lo hizo por todos nosotros. Os puedo asegurar que cuando terminé de leer diferentes informes

médicos, costumbres de la época y demás, no tuve más remedio que arrodillarme delante de Jesús y pedirle perdón porque mi vida no se correspondía con tanto sacrificio, con tanto sufrimiento. Él, con su muerte, me demuestra y me dice hasta qué punto me ama y ESE AMOR, precisamente, es el que Él me está pidiendo continuamente en mi vida hacia todo el mundo. Los que creemos en Él, despojémonos de nuestras ropas de religiosidad y amémonos unos a otros. Para todo lo demás ya lo tenemos a Él. Para acabar no quiero que creáis que me olvido de lo más importante. EN LA CRUZ NO ACABÓ TODO, ÉL VENCIO A LA MUERTE. Nos mostró el camino. RESUCITÓ. Ahora nos toca a nosotros seguirle a Él. Amén.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).



**¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?
No está aquí, sino que ha resucitado.**

Evangelio de Lucas, cap. 24 vers. 5,6

Ferran Cots editor • Barcelona

**Yo soy el primero y el último.
Yo soy el que vive. Estuve muerto,
pero ahora vivo para siempre.**

FC
EDITOR